



# ENTREVISTA A FELIPE GONZALEZ

*Amelia VALCARCEL y Manuel ORTUÑO*

**E**l martes 16 de abril, un mes largo tras las elecciones de este 1996, se realizó en el Palacio de la Moncloa la entrevista que publicamos a continuación. El que coincidiera con el momento de relevo en el Gobierno y paso a la oposición es un acaso no buscado, pero que sin duda la hace mucho más interesante.

Fernando Claudín entrevistó a Felipe González antes de su acceso a la presidencia, en junio de 1979, para *Zona abierta*, cuando se comenzaba a vislumbrar con realismo el paso del PSOE al Gobierno. LEVIATAN habló en esta ocasión con un Presidente en Funciones que ya ha dado su talla de estadista tras trece años de gobierno que han supuesto para España un cambio nacional e internacional sin precedentes. El paso a la oposición y la manera de hacer esta oposición, abren un periodo igualmente nuevo que ha de marcar el desarrollo de la democracia española profundamente.

La mañana era una de esas buenas de Madrid, y por los jardines próximos al Palacio correteaba, demorándose, un perro muy tranquilo. En el salón de Columnas estaba instalada la misma tranquilidad. Y el diálogo comenzó a producirse sin momento de silencio alguno.

A. V.

— **A poco tiempo de las elecciones del pasado 3 de marzo, nos gustaría conocer su valoración de los resultados electorales.**

— Para mí, los resultados electorales han supuesto personalmente una cierta alegría, porque las previsiones eran muy malas, y no debo negar que también un cierto sentimiento de liberación después de trece años y medio de estar sometido a la presión de gobierno. Y desde el punto de vista político creo que hay dos cosas fundamentales a considerar: los resultados permiten rescatar el crédito político de la sociedad en la que se ha visto envuelto estos últimos años por los casos de corrupción que hemos tenido que padecer; y también permiten afirmar una cierta identidad y cohesión de partido. Yo creo que esos son los dos efectos —desde el punto de vista político— más notables que producen los resultados del 3 de marzo, y todos ellos —a mi juicio— son muy importantes para definir el futuro. Quizá tendría que añadir una reflexión que tiene un cierto sentido autocrítico: no siendo, como algunos temían, el resultado electoral un desastre, o una derrota, como auguraban otros, lo cierto es que ha producido en casi todos un grado de satisfacción que va más allá de lo que lógicamente cabe esperar cuando se pierden unas elecciones.

Soy de los que piensan que no hubiéramos perdido unas elecciones en veinticinco años si no se hubieran dado los casos de corrupción; probablemente hubiéramos estado durante un periodo muy largo en el Gobierno. Pero la satisfacción que observo es típica de la mentalidad de la izquierda. La izquierda se siente mucho más cómoda fuera del poder que en el poder. Es decir, hay un sentimiento de liberación no sólo mío personal, sino de mucha gente, que dice «bueno, no vamos a tener que sufrir viendo que el poder, naturalmente, toma decisiones que no son del gusto de todos». Y no hablo de decisiones que puedan ser controvertidas desde otro punto de vista. Pero ¡en fin! nosotros empezamos a gobernar con una reconversión industrial: todo el mundo creía necesaria la reconversión industrial pero a nadie le gustaba que un gobierno de izquierda hiciera una reconversión industrial y cerrara, por ejemplo, Sagunto. Era —y, en realidad, es siempre— una situación relativamente incómoda. Esto forma parte de algo que he dicho muchas veces, y que además no es mío sino que en alguna ocasión se lo he escuchado a Ignacio Sotelo: la izquierda tiene muchísimo más la tentación de diseñar, de pensar, de imaginar el futuro y en cambio ceder a la derecha el gobierno del presente, y sólo superando ese elemento contradictorio, se puede estar gobernando el presente y diseñando el futuro. Pero la izquierda, normalmente, se siente cómoda en la oposición. Me parece una característica propia del pensamiento, o más bien de la sensibilidad, de la izquierda. Y eso lo noto ahora: cada vez que uno habla con gente que tiene una actitud progresista, una mentalidad de izquierdas, todos se sienten bastante complacidos pero en el fondo, si uno lo analiza con seriedad, aunque el resultado haya sido bueno, hemos perdido las elecciones, es decir, va a haber un gobierno de derecha gobernando en nuestro país.

— **Vamos a tener un gobierno de derecha en España y usted advierte que la izquierda se siente cómoda cuando se erige en conciencia de lo que pasa. ¿Esa actitud es buena?**

— No, no es buena. Nosotros afortunadamente la hemos roto y, probablemente, la hemos roto para siempre. Es decir, el hecho de haber pasado trece años y medio por una experiencia de gobierno, a veces muy dura, moldea ya el comportamiento y el carácter de la izquierda. Creo que el socialismo democrático en España no va a perder ya nunca su vocación mayoritaria, desde el punto de vista del bloque social que lo puede apoyar, para seguir produciendo acciones de gobierno y transformando la sociedad. Esto creo que no lo va a perder; ya se ha incorporado también a la cultura. Lo que digo es que se incorpora *dolorosamente* a la cultura de la izquierda; no se incorpora con facilidad. A la derecha le da exactamente igual en qué condiciones gana, con qué programa va a gobernar; le da prácticamente igual. Pueden olvidar absolutamente su programa antes de empezar a gobernar y, de hecho, dan prioridad al objetivo de gobernar, o de mandar incluso, y lo demás es secundario. Para nosotros es muchísimo más importante con qué proyecto nos dirigimos a los ciudadanos o conducimos la política de un país, eso es mucho más importante que el hecho de gobernar. Esto no me parece mal. Lo que me parece malo o peligroso es la renuncia al deseo de gobernar, que ha sido el común denominador sobre todo de la izquierda en el sur de Europa desde después de la Segunda Guerra Mundial. Las experiencias de poder han sido siempre experiencias socialdemócratas del Norte, que siempre ha tenido un poco más de sentido práctico.

— **¿Por qué ha ganado la derecha en España, además de por los casos de corrupción y por un cierto desgaste propio?**

— Creo que el desgaste en el ejercicio del poder es un hecho real, casi inevitable, pero creo que no se hubiera producido el triunfo de la derecha si hubiéramos podido evitar los casos de corrupción que han conmovido a la opinión pública, y que nunca la conmoverán en la misma medida si esos casos se producen en el ámbito de la derecha. De nuevo, aquí hay un sobreprecio que pagamos, y que no está mal que paguemos, por aparecer ante la sociedad como una alternativa progresista y de izquierdas. Esa alternativa no se puede permitir Roldanes, no deben formar parte de ella y, cuando se producen estos casos, se paga un altísimo precio. Creo que no hay ninguna otra razón, de verdad, en este caso. Me atrevería a apostar que esto hubiera durado mucho tiempo más. Y ¿por qué? Quizás porque también es verdad que hemos ocupado, desde el punto de vista del proyecto político, un espacio que no ha sido sólo el espacio de una alternativa clásica socialdemócrata o de socialismo democrático en el conjunto de Europa. Porque hacer un esfuerzo de modernización del país, por ejemplo, no significa necesariamente que haya que hacerlo desde una

perspectiva de izquierdas, —también la derecha ha hecho carreteras o autovías, y lo ha hecho con eficiencia—, y los conservadores lo han hecho muy eficazmente en el conjunto de Europa. Pero en España, la derecha no había hecho ese esfuerzo de modernización. Había abandonado al país un poco a su propia suerte, nunca ha tenido conciencia de un país con potencial de desarrollo, con capacidad de modernización.

Nosotros hemos hecho políticas socialdemócratas, obviamente, todas las políticas que han puesto las bases del Estado de bienestar, en educación, en sanidad o en pensiones, todas esas políticas solidarias, desde el Ministerio de Asuntos Sociales, que tratan de llegar a los sectores de marginación de la sociedad. No cabe duda de que son políticas que llevan el signo de identidad de la socialdemocracia, pero han sido políticas entre otras (por ejemplo, la propia construcción del Estado de las Autonomías o la ruptura de las fronteras), para integrarse en Europa. Hemos hecho una política de carácter nacional mucho más amplia de lo que puede ser una alternativa de gobierno y nos ha tocado hacerla en un momento determinado...

— **... En la línea de lo que algunos medios de comunicación norteamericanos dijeron en 1982: que el PSOE estaba constituido por jóvenes nacionalistas interesados en el proceso de modernización del país.**

— Sí, quizás lo de «nacionalistas» no era, ni es, un calificativo correcto. Aunque cueste mucho trabajo emplear esa terminología después de lo que se ha desgastado en los años de la dictadura, más bien teníamos un sentimiento patriótico, es decir, la necesidad de volver, de recuperar una cierta confianza en las posibilidades de un país despegado completamente de su entorno más inmediato, que es el entorno europeo. Entonces había un cierto orgullo patriótico que recuperar. Este país puede como pueden los demás: ¿por qué no vamos a poder hacer un esfuerzo enorme en capital físico?

Quizás lo más definitorio de una actitud socialdemócrata es el esfuerzo en capital humano, mucho más que en capital físico, pero, de todas maneras, hemos hecho ese esfuerzo y es lo que me ha dado, sobre todo fuera, fama de pragmático. Me lo decían una y otra vez como halago en las reuniones bilaterales y en algunas internacionales, donde me presentaban muchas veces como «ese señor que es tan pragmático». A mí me han dicho personajes como por ejemplo Kissinger: «Entonces usted, efectivamente, ¿no va a nacionalizar la banca?». «Mire —le respondía— no he tenido nunca la tentación de nacionalizar la banca; entre otras cosas, me parece absolutamente innecesario en cualquier país de la Europa occidental, en el que la orientación de la banca depende fundamentalmente del Banco Central. Quien gobierna desde el Banco Central, desde luego, tiene un poder sobre la banca que es un error sustituir por un poder expropiatorio, nacionalizador». Y Kissinger se quedaba muy asombrado porque decía que eso

era tener mucho sentido práctico, que efectivamente la Reserva Federal en Estados Unidos tenía una gran capacidad de intervención en la banca cuando se desviaba de cualquiera de los objetivos de política nacional. Y esto es lo que trato de explicar, ese es el fondo: más que de jóvenes nacionalistas (en el sentido en que se entiende el nacionalismo español, que muchas veces entra en conflicto con los nacionalismos periféricos), era más bien un sentimiento patriótico, el decir «a este país se lo puede sacar adelante».

— **Por lo tanto, en estos años de gobierno socialista podemos distinguir dos periodos claramente diferenciados: ¿en las dos primeras legislaturas se pretende un enorme esfuerzo de modernización y de integración en Europa, y a partir de entonces la intención es desarrollar un proyecto político más definido en términos socialdemócratas?**

— Sí, pero no quiero que de ahí se deduzca una actitud presuntuosa, es decir, que nosotros teníamos un diseño de cómo íbamos a cubrir las etapas legislatura a legislatura. Eso no es cierto. Desde el principio teníamos unos impulsos de modernización, de creación de un espacio de solidaridad, con políticas de inversión en capital humano, igualitarias, de desarrollo del Estado de las Autonomías y de ruptura del aislamiento. Había cuatro grandes ejes de la acción política, y han estado presentes desde el principio de nuestro mandato como Gobierno y hasta el momento actual, en el que entregamos el gobierno a otros. Han estado presentes adaptándose o adecuándose a las circunstancias que el país vivía y, naturalmente, la prioridad de cada uno de ellos quedaba determinada por la capacidad que el propio país tenía en cada momento de dar respuesta a esos impulsos.

Por ejemplo, la primera etapa fue una etapa durísima, con una crisis económica muy grave, en la que lo primero que hicimos fue intentar recuperar la propia capacidad productiva del país. Tuvimos que hacer procesos de reconversión industrial extraordinariamente dolorosos para nosotros; estábamos creciendo de manera muy lenta, y tuvimos que hacer pactos con los sindicatos (que duraron toda la primera etapa), en los que sindicatos y trabajadores hacían un cierto sacrificio, desde el punto de vista salarial, para permitir una recuperación del excedente empresarial.

Eso hecho desde nuestra perspectiva significa que estábamos negociando la integración en Europa, estábamos traspasando competencias a las Autonomías, estábamos intentando la modernización de la estructura económica del país pero no habíamos empezado a hacer ni las carreteras (cuyo primer plan se aprueba en el 86) ni habíamos empezado a hacer una política social en serio. Las pensiones, por ejemplo, estaban en una relativa crisis en esa época. Cuando llegamos al Gobierno existe por primera vez una ley de pensiones que garantiza su futuro. ¿Qué quiero decir? Estaba claro por dónde queríamos ir y qué queríamos hacer, pero las circunstancias condicionaron en qué aspec-

tos poníamos énfasis o a cuál de esas cuatro grandes líneas de actuación dábamos prioridad.

¿Qué ocurre a partir de la segunda legislatura? Que estaba claro ya que se había superado la crisis económica, que empezaba a haber un crecimiento económico incluso vertiginoso, de una gran potencia, y que era la época en que podíamos hacer un esfuerzo no sólo para invertir en carreteras, sino para invertir en solidaridad social, para crear el Estado del bienestar. Entonces, la segunda legislatura tiene más esa característica: habíamos resuelto el reto de integrarnos en Europa, habíamos superado la crisis económica y nos dedicamos a hacer una política más socialdemócrata, a impulsar el esfuerzo de modernización, y esto desde el punto de vista simbólico dura hasta el año 92, el año de los Juegos Olímpicos, de la Exposición Universal, que eran en cierta forma metas dentro de ese proceso de modernización. Y en el año 92 ya estábamos de nuevo en un ciclo depresivo de la economía, y esto nos obligó de nuevo a hacer reformas importantes en el Gobierno del 93.

El Gobierno del 93 se ve enzarzado en una lucha feroz con un grupo de medios de comunicación que aprovechan los escándalos para hacer desaparecer cualquier acción política. Pero ha sido una de las etapas de gobierno más fructíferas en cuanto a reformas estructurales para el país: el código penal de la democracia es de esa legislatura, así como muchas otras leyes, y la recuperación de la economía fue muy rápida y eficaz. Ahora tenemos un modelo de crecimiento económico más sano incluso que el que teníamos en el 87. Y esto es lo que trato de transmitir. Todos sentimos la tentación de reconstruir la historia al revés, y me resultaría fácil decir que cada etapa estaba marcada por unos objetivos perfectamente definidos etapa a etapa; pero no sería cierto. En la primera etapa hicimos frente a la crisis económica, y eso retrasó una legislatura nuestras expectativas en la lucha por la igualdad social. Afortunadamente, los ciudadanos lo entendieron y, por tanto, volvieron a depositar su confianza en nosotros.

La primera etapa estuvo marcada también por un trauma tremendo, más psicológico aún que ideológico, y que fue el referéndum de la OTAN, algo muy difícil para mí. Muchos piensan que aquello fue un gesto de audacia política que descolocó a la derecha. No es así. La verdad es que, a pesar de que saliera bien, fue un error de los que en política no se deben cometer, porque creo que nadie tiene derecho a someter al pueblo a la presión de tomar una decisión sobre si un país pertenece o no a una alianza militar. Esto no es algo que se consulte en referéndum, es parte de lo que va en un programa de gobierno. Causó malestar entre los ciudadanos, y supuso un coste para nosotros, a pesar de que lo ganáramos. Claro que tuvo más costes para la derecha, que era partidaria de la Alianza Atlántica y se abstuvo, tratando de que perdiéramos a toda costa. Pero eso fue un error de la derecha, no un acierto nuestro. Quizá me estoy extendiendo demasiado, pero quiero que se comprenda que no es verdad que la acción de gobierno responda a un plan predefinido que se cumple automáticamente, o ma-

temáticamente. Esa era la visión que tenía la izquierda irreal. El triunfo del comunismo ha producido esos terribles fantasmas: el creer que al tener el aparato del Estado se podían diseñar y cumplir los planes quinquenales fuera cual fuera el ciclo económico, y pasara lo que pasara en la sociedad. Eso ha sido el fracaso del comunismo, de una visión excesivamente estatista de la realidad.

— **Votantes, adherentes o simpatizantes del PSOE dan al último de sus Gobiernos una calificación muy alta, a pesar de que haya tenido que desenvolverse en un periodo de tensión de la opinión pública tan fuerte que su acción no ha sido bien percibida.**

— Sí, el voto se hace cada vez más consciente, y a nosotros la experiencia cada vez nos da más capacidad de evitar errores. Hay cosas que a mí me hubiera gustado hacer y que no he hecho porque las circunstancias no me lo han permitido, como ya dije antes. Pero no creo que los propios electores lo hayan percibido. No fue posible transmitirlo a través de los medios de comunicación. Estos, en el mejor de los casos, estaban bloqueados en relación con la acción del Gobierno, y algunos incluso estaban coordinados para destrozarla. Se puede hacer un ejercicio muy simple para comprobar lo que digo: buscar en las hemerotecas la prensa de hace tres años — casi exactamente, porque fue en el mes de junio-julio cuando empezamos la negociación con *Minoría Catalana* y con el PNV—, y leer lo que los periódicos decían entonces. Y eso a pesar de que éramos extraordinariamente rigurosos y prudentes en el proceso de negociación con los grupos del nacionalismo moderado, porque teníamos interés en incorporarlos naturalmente al proceso de gobierno del Estado. Basta con comparar aquello con lo que se escribe hoy para establecer una comparación clarificadora.

Creo que en este momento se están haciendo cosas que nosotros no habríamos hecho en ningún caso, por una cierta conciencia de la cohesión territorial, y no hay ningún tipo de freno, ni de críticas. Si nosotros proponíamos cualquier elemento de corresponsabilidad fiscal, como la cesión del quince por ciento del IRPF a las Autonomías, se nos acusaba de querer destruir la unidad de España, entre otras cosas. Los medios crearon una alarma social y una tensión muy fuerte. Creo que lo que ha pasado es que se ha exagerado tanto esa presión, esa descalificación, esa creación de un clima de crispación, que una parte de la sociedad española simplemente se ha hartado, y ha recuperado un cierto sentido de lo que estaba ocurriendo y ha votado masivamente. Quizás el 3 de marzo tenga esas dos características: un voto masivo y muy reflexivo.

— **Después del 3 de marzo en España se ha reconfirmado ese bloque de progreso, hegemónico dentro de la sociedad civil, que se aglutina en torno a las propuestas de la izquierda, y el partido socialista se configura como el eje que nuclea ese bloque de progreso**

**en España. ¿Cuáles deberían de ser las señas de identidad, las líneas básicas del proyecto socialista pensando ya en el año 2000?**

— No me atrevería a decirlo con mucha seguridad porque lo que caracteriza a la época, y los ciudadanos deben saberlo, es que hay un margen de inseguridad en la apuesta de futuro, en la que, de nuevo, es necesario intentar reforzar algunos de los principios básicos de la propia actuación. Así, por ejemplo, la defensa de la tolerancia ha sido un elemento fundamental para la definición de la sociedad del futuro frente a brotes de intolerancia, que padecemos aquí y en países europeos. Hay que profundizar la defensa de los principios de solidaridad que hemos venido en llamar Estado de bienestar, modernizándolo y fortaleciéndolo, porque está profundamente en crisis, ya que han ganado las tendencias neoliberales y las tendencias conservadoras.

Pero no han ganado en las urnas, sino que están ganando la batalla de la opinión. Decir que el Estado de bienestar no es sostenible hoy ni en Francia, ni en Gran Bretaña, ni en Alemania, es percibido por el ciudadano como algo que suena a verdad, aunque no exista ninguna razón de fondo, económica, que lo sustente. Sin hacer una afirmación rotunda, que es más propio de la derecha, creo que nosotros tendríamos que tener una cierta capacidad de duda para ir buscando dentro de la situación que vivimos una nueva frontera para definir el socialismo democrático. Por ejemplo, reflexionando sobre el Estado de bienestar, en términos puramente económicos hay que decir que ningún país europeo ha retrocedido económicamente. Hemos tenido una crisis aguda pero muy corta en el año 92/93, que ahora se ha superado, y el producto bruto, la capacidad de creación de riqueza de los países europeos, se mantiene; la riqueza sigue aumentando. Y si sigue creciendo la riqueza, el principal problema que se plantea para mantener la sociedad de bienestar sigue siendo cómo se reparte esa riqueza. Si hubiera una regresión muy fuerte en la producción de riqueza, entonces sería razonable —en términos económicos— decir «esto arrasa el Estado de bienestar».

El verdadero problema es el de la competitividad de las empresas dentro del sistema productivo. Probablemente haya que empezar a reflexionar sobre cómo las empresas europeas pueden ser más competitivas dentro de esta economía globalizada, sobre cómo descargarlas de algunos de los elementos que pesan sobre la propia actividad empresarial, y que algunos ligan inexorablemente al mantenimiento del Estado de bienestar. Dicho en otros términos, la capacidad del Estado de recaudar dinero, de recuperar riqueza del producto nacional bruto, no está fijada de antemano. Existe un margen de flexibilidad para administrar el impuesto de sociedades, de la renta o del capital, o el impuesto del valor añadido. Lo que hace falta es saber qué grado de capacidad recaudatoria es el adecuado para mantener el nivel de competitividad de las empresas sin por ello renunciar a una política solidaria.



Seguramente, eso exija el esfuerzo de aumentar la base productiva del país, que es tanto como generar más empleo. Probablemente incluso habrá que reflexionar seriamente sobre el reparto del tiempo de trabajo. Porque si la base productiva del país no aumenta, sino que se reduce, el número de personas ocupadas, tanto los trabajadores por cuenta ajena como los que trabajan por cuenta propia, resistirá mal la presión de las ideas neoliberales, que les cantan día tras día que de su esfuerzo está viviendo mucha gente que no hace nada. La base de la pirámide social es cada día más estrecha y tiene que soportar el peso cada vez mayor de lo que está en la parte superior de la pirámide, como por ejemplo los jubilados.

¿A qué conclusión quiero llegar con esto? Creo que nosotros en este momento tenemos que actuar en dos direcciones: una, alimentando con ideas nuevas nuestra tarea parlamentaria de oposición frente a las decisiones que adopte el poder. Eso se acerca mucho más a la labor política cotidiana, es parte de la táctica, de lo inmediato, y para ello necesitamos el apoyo de personas que, desde una cierta distancia, produzcan esas ideas, y cumplan la función de lo que en algunos países llaman *tanques de pensamiento*. Pero no podrán limitar su tarea sólo a dar respuesta al día a día, o a suministrar armamento dialéctico para la lucha parlamentaria. Tendrán que marcarse como horizonte el año 2000 o del 2005 para saber desarrollar directrices nuevas. Por ejemplo, hace falta una reflexión de gran calado intelectual para saber qué ocurrirá con el sistema público de pensiones en el año 2015, que es cuando puede empezar a haber problemas con su financiación. ¿Para crear un sistema privado de pensiones? En absoluto. Puede haber un sistema complementario, como lo hay en muchos países desarrollados, pero se trata de desarrollar un concepto que garantice que el sistema público perviva.

También hay que impulsar la reflexión sobre cómo se garantiza la asistencia sanitaria para todos. El sistema sanitario ha crecido durante nuestro gobierno, y lo ha hecho en tasas del dieciséis y del diecisiete por ciento anual acumulativo, lo cual significa que el gasto sanitario se ha multiplicado a una velocidad enorme. En los últimos años esta explosión se ha frenado, y la ministra Amador ha hecho mucho por controlar el gasto sanitario. Se ha frenado sobre todo en el territorio del INSALUD, es decir, en el territorio bajo responsabilidad del Gobierno central, y ha seguido disparándose en Autonomías tan dispares como pueden ser la catalana, gobernada por Convergencia y la andaluza, gobernada por nosotros. Una reflexión sobre la evolución del sistema sanitario a medio plazo es fundamental.

En otros términos, tenemos que incorporar a nuestro acervo de ideas a grupos de juristas, de sociólogos, de economistas, de gente del mundo de la cultura, para así contribuir a la creación de esos *tanques de pensamiento*, que son tan habituales en Estados Unidos, o en Alemania, y de los que tanto provecho sacan, y que en España son tan escasos. Aquí, si nos fijamos bien, los únicos que intentan hacer algo parecido son las fundaciones, por ejemplo el BBV con su fundación,

pero nadie, desde el punto de vista sociopolítico, está creando plataformas de diálogo con ese objetivo. ¿Recuperar aquella mayoría social que claramente se siente representada por nosotros? Significaría que el espectro de la plataforma de la izquierda tendría que abarcar desde el centro progresista hasta Nueva Izquierda, por decirlo en términos de nuestra realidad social. Y esta plataforma, en la que se integrarían los *tanques de pensamiento*, tendría que estar conectada de alguna manera con ese espectro social amplio al que me refiero.

— **Sin duda, defender el Estado de bienestar implica tener un concepto bastante definido de lo que es el desarrollo sostenible dentro del proceso de globalización. Incluiría también la traducción de la idea de igualdad, por ejemplo a las relaciones entre varones y mujeres, así como el concepto de internacionalismo como una de las características tradicionales del socialismo.**

— Sí, es necesario profundizar sobre estos temas. Cuando nosotros hablamos en términos de solidaridad, de una política solidaria, de una política de libertades, y de justicia social, tendríamos que añadir también el valor de la responsabilidad. El Estado de bienestar interpretado como un Estado paternalista que es capaz de proteger a los débiles frente a los fuertes, sin estimular la capacidad de responder por sí mismos de los que consideramos más débiles dentro del conjunto de la sociedad, es una mala fórmula. Hay que estimular la responsabilidad que, entre otras cosas, consiste en no ofrecer cosas que no se pueden dar. Esto me parece fundamental: reconocer los límites del Estado, hasta dónde llega o no llega la capacidad de acción del propio Estado.

Y una reflexión complementaria ligada a ello: tenemos que superar algunos de los viejos elementos conservadores típicos del discurso de la izquierda, del discurso ligado a las masas. La sociedad está compuesta de individuos. En el fondo de la gran batalla ideológica encontramos dos posturas enfrentadas: la de los que se limitan a resaltar el valor del individuo, y la de los que resaltamos el valor o los valores sociales, la dimensión social del individuo. Yo creo que hay que intentar buscar un cierto equilibrio. El individuo que lucha por realizarse tiene que ser reconocido y tiene que ser reconocido por la izquierda. Es decir, la izquierda tiene que convencer al individuo de que su propia realización, es decir, su propia capacidad de ser creativo no sólo va a ser respetada, sino que además va a ser estimulada para que tenga una dimensión social que ayude a los demás.

Tenemos que recuperar un cierto lenguaje para dirigirnos a las personas concretas, al individuo concreto, y no seguir con ese lenguaje que creo que ha sido superado por la historia, y es tan atrabiliario. Cada vez que alguien emplea la expresión «masas», quien la emplea se siente parte de la élite o un conductor de masas. Tenemos que transformar eso. Los elementos clásicos de la definición de la socialdemocracia, o de los valores de la socialdemocracia, no son suficientes. Por ejemplo, cuando en Suecia se está revisando el Estado de bie-

nestar se está revisando dolorosamente, pero se hace apelando a la noción de responsabilidad del individuo, cosa que me parece absolutamente necesaria. Por ejemplo las ONGs, — al menos las más serias—, suponen una nueva dimensión de una política que tenemos que estimular. Son organizaciones no gubernamentales que, más allá del dinero o de la ayuda que reciban oficialmente, generan sus propios recursos para proyectar solidaridad dentro y fuera del país, para hacer verdad, por ejemplo, el ideal de la solidaridad internacional o de la solidaridad con los marginados dentro del país. Y esta es una fórmula en la que el Estado no es el responsable directo en absoluto: el Estado delega en personas que tienen la capacidad y la creatividad suficientes para hacer un esfuerzo de solidaridad al que el Estado difícilmente llegaría y que, desde luego, burocráticamente no se podría hacer, la burocracia no está sensibilizada para asumir esos gestos de solidaridad. Ahora, una vez aclarado esto, podemos seguir con el análisis paso a paso.

— **El desarrollo sostenible dentro del proceso de globalización.**

— Bueno, en eso hay algunas contradicciones que nos va a costar muchísimos años superar. Voy a poner un ejemplo de lo que quiero decir. Estuve hace muy poco tiempo en Egipto en una reunión en la que se analizaban algunos de los comportamientos del terrorismo internacional. Pero no voy a hablar de la reunión en sí, sino de algo que me sorprendió. Finalizado el encuentro, estábamos la Primera Ministra, socialdemócrata, de Noruega y yo en el aeropuerto, esperando la salida de nuestros vuelos, pero estos se retrasaban debido a la reducida capacidad de tráfico del aeropuerto. Ella había renunciado a asistir al almuerzo de los líderes que nos habíamos reunido allí porque temía llegar a destiempo al aeropuerto de Oslo, el principal aeropuerto de su país. Debía llegar allí antes de las once de la noche, porque como los vuelos nocturnos creaban problemas acústicos a los ciudadanos, se había prohibido radicalmente todo el tráfico aéreo después de las once de la noche. Y ni siquiera podía hacerse una excepción para el avión de la Primera Ministra, de regreso de una importante misión internacional. Lo mismo ha ocurrido en el aeropuerto alemán de Colonia-Bonn, pero no en un aeropuerto belga que está a unos treinta kilómetros de él. Y algunas empresas de transporte rápido de mercancías han desplazado su actividad desde el aeropuerto de Colonia-Bonn al aeropuerto belga, y todo por un problema de ruidos a partir de las once de la noche. Frente a eso tenemos otra parte del mundo en la que la preocupación por la sostenibilidad del desarrollo es prácticamente inexistente.

Creo, además, que hay que hacer un esfuerzo de desarrollo sostenible. Pero vivimos en un mundo en que algunos países tienen ya un problema de desarrollo de la conciencia medioambiental que lleva a la regulación exagerada de no ya de problemas acústicos, sino incluso de problemas estéticos: llegan a discutir sobre la altura adecuada del cés-

ped en los parques públicos. Mientras que en otros países, por ejemplo del continente africano o asiático, todavía no se tiene conciencia de que no se debe sacrificar una zona de selva entera a un supuesto elemento de impulso del desarrollo, o simplemente para obtener combustible. Estamos en un mundo muy desequilibrado, muy desigual; y cuando se habla de globalización se está hablando de globalización de la economía. Pero cuando se habla de globalización en términos ecológicos, como en la Conferencia de Río, nos encontramos con distancias abismales entre unos países y otros. Y esto planteará problemas muy serios para las sociedades muy desarrolladas y con mucha sensibilidad medioambiental.

¿Dónde están los límites de un esfuerzo de esa naturaleza? Cuando se habla de la sostenibilidad del desarrollo, se perfilan con toda claridad dos aspectos: un aspecto es la sostenibilidad desde el punto de vista de la capacidad de competir, y otro la sostenibilidad desde el punto de vista del equilibrio con el medio, con la naturaleza. Y en los dos aspectos hay desequilibrios marcadísimos que nos obligarán a replantearnos las normas del GATT. Los americanos, que son los más liberales con respecto a la reglamentación del comercio, empiezan a pensar que quizá una nueva organización como la Organización Mundial del Comercio, surgida de la última *ronda Uruguay* del GATT, pueda plantear problemas de liberalización del comercio cuyos efectos todavía no se conocen, como ocurre con los llamados *tigres asiáticos*. Argumentan que si trabajan niños de ocho o nueve años por salarios de miseria, será imposible competir con ellos. Si la diferencia salarial entre un trabajador en un país asiático y el sueldo de un trabajador en España, —¡y no digo ya en Noruega o en Alemania!—, es de uno a quince o de uno a veinte, aunque el factor trabajo no sea un factor extraordinariamente relevante, la capacidad de competir queda muy limitada.

Después hay otro aspecto, extraordinariamente grave, que es pedir a los países que no están desarrollados que no cometan los errores de los países que ya se desarrollaron, para así preservar el medio ambiente. Es una petición que a veces resulta inasumible e injusta para los países en desarrollo. Holanda o Alemania son países muy desarrollados, y producen diez veces más emisiones de CO<sup>2</sup> a la atmósfera por persona de lo que puedan producir Colombia o Brasil. ¿A qué acuerdo internacional desearíamos llegar? A un acuerdo internacional en el que todos los países del mundo congelaran sus emisiones de CO<sup>2</sup> porque están produciendo efectos devastadores: el efecto invernadero, la destrucción de la capa de ozono y un largo etcétera. Pero, naturalmente, el país que está intoxicando la atmósfera diez veces menos que uno desarrollado, dice « Yo necesito consumir más energía si quiero desarrollarme, y para consumir más energía no tengo más remedio que contribuir al efecto invernadero. Me tendré que atener a un límite, pero aquél país desarrollado teóricamente también tendría que bajar los valores de contaminación, sólo que bajarlos significa disminuir la capacidad productiva». No quiero extenderme mucho, pero sí quiero,

sobre todo, resaltar la extraordinaria complejidad dentro de lo que estamos llamando desarrollo sostenible, tanto desde el punto de vista de la competitividad, como desde el punto de vista de la protección del medio ambiente.

— **¿Y en cuanto al proceso de globalización y sus márgenes políticos? El mundo es cada vez más pequeño, la capacidad de comunicación, mayor; las ideas que Europa gestó durante los últimos siglos, después de la Ilustración, se están volviendo ideas comunes y, sin embargo, parece no haber mucha capacidad de ponerlas en práctica.**

— Porque no creo que sean tan comunes. Estamos viviendo un fenómeno absolutamente contradictorio en tantas cosas que es apasionante analizarlo. Quisiera hacer sobre esto tres reflexiones. Primera, estamos viviendo la crisis del Estado-nación y al mismo tiempo el fortalecimiento del nacionalismo. Pero con respecto a la globalización, da la impresión de que la política exterior está muy influida por los criterios de la CNN. Si la CNN destaca la guerra civil en Liberia, ese conflicto se convierte en un asunto de política exterior, sin embargo, todo aquello que la CNN no cubre no conmueve, no conmociona al mundo.

En segundo lugar, cada vez que se habla de la responsabilidad internacional ante un acontecimiento grave, ya sea en Ruanda, en la antigua Yugoslavia o en Chechenia, parece que sólo se habla de la responsabilidad del mundo *occidental* ante ese acontecimiento. Nunca se hace referencia a la responsabilidad del mundo asiático, o de otras zonas del Tercer Mundo. Se dice: «¡La comunidad internacional no reacciona ante el horror de Ruanda!». Todos olvidan que a esa comunidad internacional pertenecen también los países árabes (algunos de ellos extraordinariamente ricos y poderosos); no se piensa siquiera en Japón (aunque este país ya se ve más afectado por lo que ocurre en el ámbito internacional), y, desde luego, nadie piensa en Corea, en China, o en la antigua Unión Soviética: se piensa sólo en Europa occidental y Estados Unidos.

Por último, ¿es realmente cierto que ese mundo en el que se está produciendo este fenómeno de la globalización, esta *aldea global* de la que algunos hablan ya desde hace tiempo, está uniformando las reacciones a nivel internacional? Sí, es verdad que los hombres azules del desierto bajo su capa llevan pantalones vaqueros y zapatillas de deporte. Pero, ¿es verdad, en el sentido más profundo del término, que se estén uniformando los comportamientos desde el punto de vista cultural? Yo no lo creo. Creo más bien que la gente siente cada vez más la necesidad de apegarse a sus propias raíces culturales, y que incluso llega a hacerlo de una manera brutal. El fundamentalismo es uno de estos fenómenos de reacción, y cuando no se trata de fundamentalismo religioso, puede tratarse de fundamentalismo cultural, como en el caso de la destrucción de la antigua Yugoslavia, donde se daban ma-

rimonios mixtos desde el punto de vista religioso, que no étnico. En nuestro país tenemos refugiados de las tres comunidades que conformaban la antigua Yugoslavia, y no hay grandes diferencias entre ellos, aunque cada comunidad tenga componentes religiosos diferentes, y su historia se inserte dentro de la historia del imperio otomano, o del cristianismo ortodoxo o católico. Y sin embargo se está produciendo un desgarramiento tremendo que en parte se justifica —creo que con una gravísima responsabilidad de los líderes políticos— invocando la defensa de unas supuestas raíces culturales. Y todo ello a pesar de que la información está cada vez más globalizada. Nosotros vivimos la guerra del Golfo o la guerra en Bosnia día a día, pero en la antigua Yugoslavia también tienen acceso a esa información, la televisión y la radio los conectan con el exterior.

Pero con relación a estos problemas siempre, antes que dar respuestas, prefiero sembrar algunas dudas. Estoy seguro de que la globalización producida por la revolución de la información y, por consiguiente, de las comunicaciones, está produciendo un efecto de uniformación, de uniformidad a nivel internacional, aunque también estén surgiendo reacciones en contra.

— **¿Cuáles son las posibilidades de compartir un mismo lenguaje político? Por un parte, ha perdido vigencia el lenguaje político europeo surgido del discurso de la Ilustración, mientras que por otra, con independencia de cuáles sean sus respectivas intenciones, todos los políticos se ven obligados a expresarlas en un lenguaje que empieza a ser común.**

— Sí, es verdad, y como además la política de cada país está cada vez más conectada con la de los demás países, entre los políticos hablamos cada vez más lo que tiene apariencia de ser un mismo lenguaje. Este fenómeno como tal es cierto. Por ejemplo, si se da un caso como el de las *vacas locas*, que está tan de actualidad y tan cercano a las preocupaciones de los ciudadanos, no sólo reaccionan contra las importaciones de carne inglesa los países que de verdad consumen carne, que son los países desarrollados, sino que se suman a esta reacción los países en los que el peligro real, la principal amenaza para la sociedad es el hambre, y no una posible relación de causa-efecto entre una enfermedad que afecta al ganado vacuno y el ser humano. Pero todos los Gobiernos, en principio, se sienten obligados a reaccionar de la misma manera diciendo: «Aquí no entra carne británica». Quizá fuera más lógico que estos países aprovecharan la oportunidad para importar carne y pudieran así alimentar a su población, que padece serios problemas de subalimentación, o simplemente está muriendo de hambre. Pero todos reaccionan igual, es como si hubiera una especie de contagio.

Todos tenemos el mismo lenguaje, aunque seguramente sólo sea en apariencia, porque en el fondo las diferencias son muy marcadas. Si de verdad hubieran triunfado o estuvieran imponiéndose lo que consi-

deramos elementos culturales de Occidente, la extensión de la democracia tal y como la entendemos probablemente sería más rápida. Es verdad que hay una tercera oleada de democratización en el mundo, pero si examinamos uno por uno los países que integran las Naciones Unidas preguntándonos «¿en qué país se están respetando de verdad los elementos básicos de la democracia?», los países que merecen el calificativo de democráticos siguen siendo una minoría. Muchos adoptan el modelo democrático por conveniencia, porque a través de la celebración de un proceso electoral esperan beneficiarse de ayudas económicas internacionales.

— **¿Y con respecto al papel de la jerarquización basada en el sexo, la división sexual de los derechos y las oportunidades?**

— Aunque no tiene la espectacularidad de otros fenómenos, los cambios que se están produciendo en ese terreno me parecen el elemento más importante en la evolución de la sociedad que estamos viviendo en esta última parte del siglo XX. El cambio nace de una lucha continuada y tenaz de los movimientos por la igualdad que fundamentalmente han sido protagonizados por las feministas. Creo que se está avanzando sustancialmente en la liquidación de estos valores jerárquicos en los que hemos vivido, y que se trabaja por una igualdad de trato y un igual protagonismo de hombres y mujeres. Algunos fenómenos son incluso espectaculares.

En España se ha avanzado en esto a una velocidad extraordinariamente importante. Hemos recuperado parte del tiempo perdido con una sociedad dictatorial, patriarcal durante casi medio siglo, y empezamos a remontar con rapidez, hasta el punto de que, por ejemplo, la representación política de las mujeres en España es muy superior a la de Alemania, donde ha habido un proceso de equiparación entre los sexos muchísimo más largo, y a la de la mayoría de los países europeos; estamos muy por encima de la media de representación. Yo creo que esto va a producir, en la frontera del siglo XXI, una de las grandes revoluciones en el sentido profundo del término. No en el sentido sangriento, ni de la radicalidad de los acontecimientos que puedan transformar la sociedad de un día para otro. Me refiero a una revolución en el sentido profundo del término y una de las grandes revoluciones de las sociedades contemporáneas es la incorporación de la mujer a la política y al mercado laboral.

Pero de nuevo hay que guardarse de proyectar el fenómeno sobre una perspectiva global. Un ejemplo claro es la Conferencia Mundial de la Mujer celebrada recientemente en Pekín, dedicada fundamentalmente a la igualdad de la mujer. En lo que afecta a los principios básicos ha sido muy satisfactoria y se ha avanzado mucho, pero ha vuelto a quedar patente la distancia abismal entre lo que puede ser el papel de la mujer en las sociedades occidentales u occidentalizadas, y en las sociedades árabes más conservadoras, o en las sociedades asiáticas.

En fin, considerando el papel de la mujer en las sociedades occidentales, probablemente se esté produciendo el fenómeno más importante desde la Ilustración, y me parece un fenómeno irreversible. Creo que en diez años probablemente vayamos a vivir en España una democracia paritaria, en cuanto a la distribución de responsabilidades políticas entre hombre y mujeres, y probablemente en diez o en quince años se alcance una corresponsabilidad en aquellas tareas que hasta ahora están atribuidas casi en exclusiva a las mujeres, por ejemplo, dentro del hogar. Algunos países incluso se están planteando legislar sobre la corresponsabilidad. A mí esto me parece un error; no me parece posible legislar sobre aquello que pertenece al ámbito de la intimidad. Creo que nos enfrentamos a un problema cultural, que es preciso transformar la cultura. Personalmente me impresiona extraordinariamente la emergencia de la mujer en puestos de responsabilidad de cualquier tipo. No quisiera que llegáramos a una «igualdad al revés», pero me impresionan estas mujeres por su eficacia. Las mujeres que ocupan puestos de responsabilidad normalmente se miran mucho menos al espejo que los hombres, tienen mucho menos en cuenta factores condicionantes externos. Probablemente sea así porque aún estén en una etapa en la que, en igualdad de condiciones, de preparación, o de capacidad, se sienten obligadas, mucho más que el hombre, a demostrar su valía. Pero, en fin, digo probablemente porque quizá también dependa de la condición de fondo.

— **Como última clave, ¿cuál es el internacionalismo del que el socialismo puede entonces reclamarse?**

— Es una cuestión compleja, porque abarcaría muchísimos aspectos. Hay un primer aspecto muy inmediato y claro, que sigue siendo la solidaridad frente a la desgracia en cualquier país, ya sea la desgracia originada por acontecimientos coyunturales o por problemas de fondo. Por ejemplo, cómo se responde solidariamente ante el problema de la hambruna que azota a países muy poblados de África, en algunos casos incluso a países de América Latina. Hay una expresión de solidaridad como es intentar llegar hasta esos sitios con alimentación o con lo que haga falta para cubrir las necesidades más básicas. Esa solidaridad produce fenómenos que, de nuevo, son contradictorios en sociedades que tienen un alto índice de crecimiento demográfico. ¿Por qué razón? Porque además, por así decirlo, todavía no han superado un cierto «mandato genético» que induce a cada mujer a tener diez o doce hijos porque sabe que sólo sobrevivirán dos o tres. Ahora, con los medios que pone a disposición de estos países la solidaridad internacional, por ejemplo la vacunación, sobreviven muchos más, y la población aumenta. Pero sobrevive en condiciones ínfimas, padeciendo incluso lesiones irreversibles por subalimentación. Hay ciertos desequilibrios en la solidaridad internacional que plantean muchas dudas. Por ejemplo, hemos hecho un enorme esfuerzo en la ayuda sanitaria: para intentar erradicar ciertas enfermedades, se lleva a cabo una vacunación ma-



siva. Esto permite a los niños superar los peligrosísimos primeros meses de su vida —para después quedar condenados al hambre: ahí hay una contradicción. Pero, en fin, ese tipo de solidaridad es uno de los posibles.

Hay otro tipo, que es la solidaridad de la que hablaban los clásicos: «No les des el pez, enséñales a pescar». Creo que eso también forma parte de una estrategia internacional que debería desarrollarse: hay que ayudar a los países a que encuentren su propio camino de desarrollo. Tomemos, por ejemplo, la regresión en lo que se refiere a la capacidad de supervivencia que se ha producido en la mayor parte de Africa desde la caída del colonialismo hasta hoy. Hay que constatar que incluso en países que han estado colonizados hasta hace muy poco tiempo, como pueden ser Mozambique o Angola, —un país con un potencial de riqueza enorme y que pasa por una tragedia infinita—, también ha habido un fuerte retroceso económico. No es fácil. Es necesario articular la solidaridad internacional en muchos niveles.

Personalmente creo que lo más eficaz que se está haciendo en el ámbito de la solidaridad internacional, aunque los resultados sean todavía mínimos, es aquello que se está haciendo a través de las ONGs, que se integran en el territorio y son capaces de generar vías de solución para los problemas sobre el terreno. Eso me parece mucho más eficaz que la solidaridad canalizada a través de los Estados, que es mucho más superficial. Esto no que significa que no haya que mandar trigo al sur del Sáhara, o a Mauritania en un momento determinado, porque sea necesario ayudar a superar una situación de hambruna o de falta de cosecha. Pero, además, hay que buscar medidas que sean soluciones y no creen nuevos problemas.

El mundo cada vez se está dividiendo (y eso era imposible de prever) de manera más diferenciada. Por ejemplo, parece evidente que desde Vietnam a China, pasando por Singapur, Tailandia, etcétera, los países asiáticos van a emerger al desarrollo. Sin embargo, la situación de los países africanos, sobre de todo aquellos comprendidos en la franja que va del sur del Sáhara hasta Suráfrica, está tan deteriorada que no es posible predecir su desarrollo futuro. En América Latina hay una nueva esperanza de crecimiento, de desarrollo, aunque todavía existen problemas de distribución de riqueza, que hace que en países como por ejemplo Bolivia existan importantes bolsas de pobreza. La situación es delicada. Pero en general, en el continente latinoamericano la situación no es tan preocupante como en una gran parte de Africa. Hay países que padecen desequilibrios enormes, como los países árabes, y que no encuentran su capacidad de sobrevivir por sus propios medios. Por ejemplo, un país con tanto potencial como Egipto, que cuenta con noventa millones de habitantes pero sólo dispone de un cuatro por ciento de tierra cultivable, el resto es desierto. Por todo ello, la solidaridad internacional es un fenómeno complejo que habría que organizar aceptando esa complejidad. Y, de nuevo, cuando se habla de solidaridad internacional, sólo

se piensa en el apoyo económico que pueda venir de Europa occidental y de los Estados Unidos, y que, por cierto, ha disminuido considerablemente.

— **¿Qué papel tendría que desarrollar la Internacional Socialista con respecto a los partidos socialistas y con respecto, justamente, a todo este enormemente complejo proceso político mundial?**

— Hemos vivido una etapa de expansión fuerte cuyo último eco viene ahora; pero la expansión sólo ha sido fuerte desde el punto de vista cuantitativo. La Internacional Socialista creció hasta contar con unos ciento veinte miembros aproximadamente durante la presidencia de Brandt. Desaparecido Brandt, la presidencia recayó sobre Pierre Maurois y en el próximo congreso, que será en septiembre, podremos alcanzar las ciento sesenta organizaciones, representativas de ciento veinte o ciento treinta países. La Internacional Socialista se ha hecho realmente internacional, pero aún así sigue siendo eurocéntrica, aunque con cierta incidencia de América Latina. Este eurocentrismo resulta un tanto extraño, teniendo como tiene representantes incluso en países asiáticos, africanos y árabes.

La Internacional Socialista tiene dos problemas básicos: primero, que no dispone de ningún tipo de recursos como organización; y segundo, que se deriva del primero, no tiene capacidad de generar, en el conjunto del sistema, ideas que sirvan en el plano internacional para alimentar las alternativas de los miembros en cada uno de los continentes. Tiene capacidad de generarlas en Europa, fundamentalmente a partir del Partido de los Socialistas Europeos y del grupo parlamentario del Parlamento europeo, y cuando tiene ciertos medios genera más ideas, por ejemplo, en la lucha contra el paro. Pero tiene menos capacidad en América Latina, aunque tenga presencia, y desde luego tiene mucha menos capacidad en África o en Asia. Habría que replantearse algunos elementos de la Internacional Socialista. Y se han dado algunos pasos muy interesantes. Por ejemplo, está ahora reconocida por Naciones Unidas como organización no gubernamental, y su próximo congreso se va a celebrar precisamente en la propia sede de Naciones Unidas, en Nueva York: es una buena oportunidad.

Hace poco Pierre Maurois, cuando vino a verme, dijo que si no podríamos crear, entre algunos de nosotros, una especie de *reunión de Davos*. Davos es el *sanctasanctorum* del neoliberalismo internacional por el que pasan todos los políticos de renombre a exponer sus posiciones, y donde hay siempre un debate en el que la hegemonía del pensamiento liberal o neoliberal es absolutamente clara. Decía Maurois que nosotros tendríamos que generar, desde un espectro muy amplio de la izquierda, una alternativa para que hubiese un pensamiento que se canalizara a través de un foro con un nombre concreto que llegara a tener un significado emblemático, como la *reunión de Davos*, que toma su nombre de la ciudad suiza en la que se celebra.

Creo que la Internacional Socialista tiene ciertos defectos. Sufre una crisis de crecimiento, y al sufrirla, se añade a ella una crisis de identidad. Sus perfiles son cada vez menos definidos. Es decir, hay organizaciones que, digamos, siguen manteniendo un cierto lenguaje clasista mientras otras son clarísimamente de vocación policlasista: hay de todo dentro de la Internacional Socialista. Ordenarlo y construir a partir de ello una estrategia y un pensamiento comunes exige algunos recursos más, pero creo que no sería difícil conseguirlos con el esfuerzo de todos; exige también un centro de producción de ideas que de momento no tenemos. Y podríamos tenerlo, porque hay muchos responsables políticos de alto nivel y con extenso conocimiento de la realidad que, si dedicaran una parte de su tiempo a la elaboración de un pensamiento político global, probablemente producirían un buen resultado.

Por mi parte he sugerido algunas fórmulas, baratas porque no cuestan absolutamente nada, que probablemente tendrían algún eco. Por ejemplo, he sugerido que se impulse un intercambio de reflexiones a través de cartas entre dirigentes de países europeos y extraeuropeos; esto, como decía, es a la vez útil y barato. Bastaría que participaran en ello una docena de líderes internacionales: Simón Peres podría exponer sus reflexiones sobre la dramática experiencia que supone desenvolverse en una situación como la del Medio Oriente; Toni Blair, en su nueva dimensión de líder del laborismo británico, podría aportar ideas sobre el comunitarismo y los nuevos conceptos que se están gestando en su partido, y además podría aportar el punto de vista de alguien con convicciones religiosas, como también sería el caso de Antonio Guterres en Portugal...

Es fundamental que haya un intercambio, un cruce de comunicaciones, y podría organizarse fácilmente desde la secretaría de la Internacional Socialista. Este cruce de comunicaciones permitiría, en un par de años, producir esas reflexiones, esos conceptos de los que podríamos después extraer líneas comunes y una estrategia a marcar. Esto me parece más útil incluso que la labor que estamos llevando a cabo a través de seminarios. Desgraciadamente, a estos seminarios tendemos a enviar a aquellos que en ese momento están libres de compromisos, y que no siempre son también aquellos que en relación con un tema determinado ocupan un puesto clave de responsabilidad, o están más cualificados. Esa es la situación en la Internacional Socialista, e indudablemente necesita impulso y apoyo. Aunque hay personas de gran valía trabajando en ella, sus recursos humanos y materiales son, de momento, escasos.

— **Volvamos a nuestro país. Durante su gobierno el PSOE ha tenido que estabilizar y desarrollar la estructura de las Autonomías del Estado que estaba prevista en la Constitución. Ha sido también quien ha realizado la convergencia con Europa, si bien con ciertos costes de acción política. Pero en general, los ciudadanos parecen estar de acuerdo en que el PSOE, con su labor de go-**

**bierno, ha sabido abarcar todo el espectro político, no sólo su propio espectro ideológico. En este momento, el PSOE ha pasado a ser un partido en la oposición, aunque es el partido más fuerte de la oposición, apoyado por un contingente de votos que podría avalar a un Gobierno. Por otra parte, es una oposición nueva; no tiene que luchar por acceder al poder por primera vez, sino que viene de haber estado en él. En síntesis, ¿cómo hay que hacer oposición cuando se tiene un sentido del Estado tan probado?**

— La propia pregunta ya define algunos de los perfiles que nos han marcado y que creo que durante cierto tiempo nos van a marcar. Hemos superado las fronteras de lo que es una alternativa socialdemócrata o del socialismo democrático. Esto lo he discutido muchas veces con mis colegas europeos: con los socialistas franceses, cuando accedieron al gobierno de un Estado consolidado, con una red de infraestructuras ya muy desarrolladas. Ellos intentaban aportar al Estado desde el partido socialista francés la dimensión social, «la otra cara de la moneda», y no tenían que preocuparse de la construcción del propio Estado, como hemos tenido que hacer aquí, con las Autonomías o la definición de una política exterior, superando las fronteras estrictamente partidarias.

¿Qué nos va a condicionar, en el sentido positivo y negativo, al hacer oposición? Esta es la primera vez, como recordaba con acierto Adolfo Suárez hace unos días, que en España se produce una alternancia en el gobierno, y que además el principal partido de la oposición está encabezado por alguien que ha tenido una experiencia de gobierno. En las ocasiones anteriores, durante la transición, una vez perdido el poder los gobernantes desaparecieron de la vida política, o en cualquier caso no pasaron a liderar la oposición. Esta es la primera vez que ocurre algo así. Y es la primera vez después de haber pasado por una experiencia de gobierno peculiar, en la que los elementos dominantes, por lo menos en lo visible, no han sido los elementos que definen lo propio. Incluso algunos, como Anguita, han dicho que no hemos hecho política socialdemócrata sino de derechas. Los elementos más visibles, los dominantes, no son exactamente los característicos de una alternativa socialdemócrata, aunque se haya producido una gran revolución socialdemócrata en la sociedad que, analizada con un poco de detenimiento, efectivamente se puede constatar. Quizá José María Maravall es quien ha hecho el mayor y más profundo esfuerzo por analizar el periodo. Ahora, ¿cómo va a ser la oposición? La oposición va a tener unas características, utilizando una fórmula de Almunia, muy peculiares, porque va a ser una oposición con mucha capacidad de crítica y al tiempo con mucho sentido de la responsabilidad. Es decir, cuando se nos planteen problemas de Estado, y esto ocurrirá con frecuencia, no tendremos más remedio —afortunadamente— que estar dispuestos a responder positivamente. Y esto va a facilitar en parte la tarea de gobierno a la derecha que accede al poder.

Vamos a hacer una oposición muy responsable, y nos vamos a encontrar con que esa oposición responsable a veces no es correspondida por la actitud del poder. Estamos observando ya cómo los líderes del PP, con una enorme arrogancia, siguen actuando como si fueran oposición, y no como si tuvieran la responsabilidad del poder. Las declaraciones que hemos visto en estos días son patéticas. Dramatizar desmedidamente la situación económica, por ejemplo, cuando la economía está en un momento de clara recuperación, en un momento muchísimo mejor que hace tres años, no procede en absoluto. O quizá sea el comienzo de lo que temo pueda ser —y eso condicionará mucho la oposición—, un discurso victimista. Que elijan decir «todo está mucho peor de lo que nadie imagina y, por tanto, no tenemos posibilidades de avanzar en este proyecto, tal como querríamos para la integración europea...». Ese discurso victimista se puede dar. Pero, en fin, si no ocurre así, el bloque de Gobierno se va a encontrar con un partido que es capaz de cooperar y de dialogar en temas muy importantes como, por ejemplo, la construcción europea, con todo lo que esto condicione. Y, desde luego, en todo lo relacionado con la lucha contra el terrorismo van a tener una clara posición de apoyo.

También hay otros elementos que me parecen muy importantes. Estamos viviendo una «descrispación» de la sociedad. Después del 3 de marzo (del *estrés de marzo*, que decíamos de broma) la sociedad española se está relajando notablemente; han disminuido mucho la tensión y la presión. Creo que, si esta tendencia se consolida, habremos ganado para la democracia un clima de tolerancia extraordinariamente conveniente. Claro que es conveniente para todos; también conviene al que gobierna: gobernar sin que en la sociedad exista un fuerte grado de crispación resulta más satisfactorio para los ciudadanos y puede producir alguna ventaja.

Las características de la oposición van a ser las que he mencionado, sin que eso signifique que vaya a incurrir en una contradicción con respecto a algunos elementos que para mí han sido fundamentales a la hora de tomar decisiones políticas. Por el hecho de que esté en la oposición no voy a cambiar mis conceptos sobre la definición de las políticas que considero necesarias. Se lo he dicho también a los responsables del Partido Popular: si el objetivo de déficit para el año 97 es el que cumple las condiciones de convergencia, yo apoyaré públicamente el objetivo de déficit. Pero habrá que discutir cuáles son los ingresos, y cuáles son los gastos que llevan a ese objetivo de déficit. Y si la priorización de recorte del gasto que propone el Gobierno no coincide con nuestras prioridades, desde el punto de vista ideológico, pues nos tendrá enfrente. Pero no negaré la necesidad de que haya un objetivo de déficit determinado, algo que el Partido Popular ha negado muchas veces cuando estaba en la oposición y que, a mi juicio, refleja una postura muy poco responsable. Quizás se abra ante el país una oportunidad histórica: probar también un gobierno de derechas, y que la derecha, al enfrentarse a la tarea de gobierno, pierda una parte de la carga demagógica y de irresponsabilidad de la que ha hecho gala du-

rante estos años. Porque gobernar desde la demagogia es mucho más complicado.

— **Eso parece imposible...**

— No, imposible no es nada. Se puede gobernar desde la demagogia, se puede gobernar como si se hiciera oposición.

— **Sería desastroso...**

— Desastroso para todos, y para empezar para la propia derecha. Pero se puede intentar.

— **Y en cuanto al talante de la oposición, ¿piensa que puede evitarse esa demagogia? ¿Está la gobernabilidad asegurada por un gran pacto de responsabilidad?**

— Sí, en gran parte sí. Es decir, nosotros estamos demostrando, en toda la etapa de formación de Gobierno, que sabemos respetar incluso el método seguido para llegar a los compromisos, y que motivó tantas críticas hace tres años, cuando se decía que las negociaciones hay que hacerlas con luz y taquígrafos. Y, por definición, una negociación nunca se hace a plena luz; una negociación tiene que ser discreta. Lo que sí tiene que salir a la luz —y ahí sí se puede exigir la presencia de taquígrafos, y reclamar explicaciones detalladas— son los contenidos de esa negociación, los resultados: en definitiva, los contenidos de ese acuerdo, de ese pacto. Pero el proceso de negociación siempre es un proceso discreto. El equipo de Aznar está aprendiendo ahora esta lección, pero se beneficia de una ventaja incomparable: puede contar con nuestra comprensión e incluso públicamente con nuestro apoyo. Sabemos que no queda más remedio que negociar de esta forma. No podemos exigir que el señor Pujol y el señor Aznar mantengan sus conversaciones ante un micrófono abierto.

— **El partido socialista goza del apoyo de un gran número de votos que no son coyunturales sino que le son propios. ¿Existe la voluntad de que ese bloque de votos se convierta en un bloque de opinión?**

— Debería convertirse en un bloque de opinión, pero no es algo fácil de llevar a la práctica. Probablemente, en esta etapa de oposición esto se decante con más precisión. Porque algunos medios de comunicación, que han vivido angustiados mientras los agredían acusándoles de progubernamentales, aunque no lo hayan sido nunca, probablemente vayan a tratar de proyectarse en ese mismo espacio político que abarca desde el centro progresista hasta la izquierda. Y en ese espacio no hay nueve millones cuatrocientas mil personas sino doce millones. Es decir, se trata del espacio mayoritario de

nuestro país. Teniendo en cuenta que algunos medios se decantan con toda claridad por fórmulas de centro-derecha o de derecha pura y dura, este espacio de doce o trece millones de personas que tiene mucho peso al conformar ese bloque de opinión, probablemente sea un espacio que traten de ocupar algunos medios. Y justamente a través de los medios de comunicación, como es lógico, es como nosotros podríamos ir colaborando o contribuyendo a conformar la opinión pública. Es decir, no sólo a través del funcionamiento ordinario del partido —que también— y de la creación de esos *tanques de pensamiento*, sino también mediante la proyección de nuestras ideas a través de los vehículos de comunicación. Si esta vía está obstruida, difícilmente se llega a la sociedad. Pero podemos lograr, efectivamente, que este bloque social sea un bloque social con conciencia y con opinión propia.

— **En la última campaña electoral del PSOE se pudieron percibir ciertos aspectos pedagógicos, en el mejor sentido.**

— Sí, sin duda. Y habrá que continuar esta tarea durante la etapa de gobierno de la derecha. Habrá que hacerlo con insistencia. Personalmente, es mi intención contribuir cuanto pueda. Pero querría evitar un personalismo excesivo, que es mi gran preocupación actual. Antonio Santesmases me dice que hay un problema de hiperliderazgo. Y le digo «ayúdame a resolverlo», pero no sabe cómo. Ninguno sabemos. Hay que intentar que esa tarea de creación de una opinión pública desarrollada y elaborada, en el espectro social que representamos, sea una tarea colectiva, de todos y que los cuadros del partido apoyen esa actitud.

En la pasada campaña electoral no ha sido así. Me ví frente a cuadros del partido profundamente desanimados y a militantes de base con muchas ganas de pelear y de ganar. Y me he encontrado con una contradicción tremenda: en algunos lugares los cuadros del partido no mostraban el mismo nivel de responsabilidad y espíritu de lucha que encontraba en las bases. Y eso hay que corregirlo. Es evidente que tenemos que estar a la altura de lo que la sociedad demanda. Pero hemos pasado tanto que se ha caído en la personalización, y se ha golpeado tanto a los cuadros del partido en estos últimos años que mucha gente se ha desmoralizado. Una anécdota, para terminar. Cuando llegué a Badajoz, uno de los dirigentes más curtidos del partido, Carlos Rodríguez Ibarra, que parece que nunca tiene temor de un acto público, estaba deshecho. Habían publicado el resultado muy desfavorable de unas encuestas y estaba con los brazos caídos. Le dije: «No son ciertas las encuestas, pero aunque lo fueran, habrá que emplearse a fondo y luchar contra las encuestas o contra lo que haga falta. Además, tengo información sobre estas mismas encuestas que nos colocan a cuatro puntos de diferencia, con tendencia a disminuir». Y cambió radicalmente su estado de ánimo. Sobre todo, lo cambió la presencia de las treinta mil personas que había en el acto

transmitiéndonos: «Levantad la cabeza y tirad para adelante». Creo que esa es, además, la actitud de la inmensa mayoría de los ciudadanos que nos apoyan.

— **Se sigue hablando de la integración de España en Europa, cuando realmente España está ya configurando los perfiles de Europa. ¿En qué aspecto se concreta, si se puede concretar, la aportación que España y un Gobierno socialista español han hecho a la construcción europea?**

— Destaco dos elementos que son una aportación nítidamente española y que merecen especial mención. Podría hablar de otros muchos, pero me parecen destacables sobre todo estos. El primero —por orden de importancia de menor a mayor— es la aportación del concepto de ciudadanía a la evolución de Comunidad Europea hacia Unión Europea. Es todavía un tímido primer paso, pero realmente ha sido una aportación española el que conste en los tratados el concepto de ciudadanía europea. No como algo que sustituye a la ciudadanía de cada Estado-nación, sino como un complemento a la misma, y que creo tiene mucho campo para desarrollarse.

El segundo es la incorporación a los valores sobre los que reposan los pilares de la construcción europea del concepto de cohesión. Cuando hablo de cohesión, no estoy hablando sólo de los fondos de cohesión, ni únicamente de los fondos estructurales, sino de la política agrícola o de la política de investigación comunes. Es decir, pasar de un concepto de cohesión que signifique una mera solidaridad económica e interterritorial, de transferencia de fondos, a que este concepto constituya uno de los pilares de la construcción europea. De tal manera que cuando se hable de política científica, se tenga en cuenta que esa política científica tiene que contribuir a la cohesión, y no sean sólo las grandes compañías, como Philips o Siemens, las que se beneficien de la capacidad investigadora o de la capacidad de impulso científico de la Unión Europea.

Estas son las dos grandes aportaciones españolas. En cuanto a la segunda, todavía no me siento muy seguro porque aún muchos de mis colegas piensan que «arranqué los fondos de cohesión y dupliqué los fondos estructurales». Muchos de mis propios colegas dicen: «¡Ya estarás satisfecho! Porque tú has sacado de la Unión Europea lo que nadie ha sacado». Y siempre les digo: «No estoy satisfecho porque no me estáis entendiendo, no es ése el problema. Probablemente una política de ingresos diferente haría que recibiéramos mucho menos dinero en política de gastos, y el resultado —para nosotros—, el saldo en las cuentas con la Unión Europea sería el mismo. Si se nos exige que aportemos menos de acuerdo con nuestra prosperidad relativa pues, probablemente, no tengamos que recibir más, sino menos. Y no es ese el concepto de cohesión al que me refiero, hay otro, que es por el que sigo luchando». Esto me parece el elemento fundamental, definitorio, de la aportación española.



— ¿Y qué papel ha tenido Europa en la guerra de la antigua Yugoslavia?

— Hay dos elementos que son fundamentales: la Unión Europea, en el momento del estallido del conflicto yugoslavo, no tenía ni siquiera un acervo común de política exterior, y aún ahora lo está formando. Cada país tenía una relación con los integrantes de la antigua Yugoslavia en la que fundamentalmente incidía el factor histórico-nacional. Por lo tanto, era prácticamente imposible arrancar en el análisis del problema de la antigua Yugoslavia. Personalmente hice muchas intervenciones que sin embargo fueron poco comprendidas. Cada vez que se daba un paso yo preguntaba, ya sea a Helmut Kohl o a Mitterrand: «Una vez dado este paso, ¿cuál es el siguiente?». Y nadie sabía responder porque no había una estrategia ni un acervo comunes. Se va perfilando, se va consiguiendo en estos momentos.

La verdad es que la actuación de los Estados Unidos para desencadenar un proceso que puede conducir a la paz (todavía lo digo con precaución) consistió en aplicar la política que Europa había consensuado pero no fue capaz de poner en práctica. Y esto supone una gran frustración, tener que reconocer que han sido otros los que han llevado a la práctica las propias propuestas. Los Estados Unidos incluso han renunciado a sus propuestas iniciales, no muy adecuadas, y al final han planteado una propuesta de paz que se parece como una gota de agua a otra al esfuerzo que Europa estaba haciendo y que no conseguía poner en práctica.

De nuevo, esto lleva a una reflexión de fondo sobre Europa, que sigue siendo desde el punto de vista comercial y de la cooperación al desarrollo un gigante, y un enano desde el punto de vista político. No hay correspondencia. La Unión Europea es, con mucha diferencia, el socio más importante de MERCOSUR o de la región del Medio Oriente y, sin embargo, su capacidad de incidir políticamente por ejemplo en Medio Oriente es limitadísima. Y se producen fenómenos como por ejemplo este: en estos momentos hay una delegación de políticos franceses de gira por Medio Oriente. Italia, quien tiene ahora la presidencia de la Unión, es quien tendría que estar presente en esa región para explorar las posibilidades de cooperación. Pero lo hace Francia, que tiene intereses en el Líbano. Y eso quiebra un poco un principio de cohesión y de acervo común que nos ha costado tanto trabajo desarrollar.

Durante la presidencia de España, hicimos el intento de mostrar que la Presidencia podría representar —en política exterior— a Europa, y dió resultado. Es decir, yo he hablado con todos mis interlocutores en nombre de la Unión Europea y todos mis interlocutores (que fueron muchísimos en aquellos seis meses) aceptaron que la interlocutora era la Unión Europea. Esto no ocurre normalmente. El Presidente de un Gobierno o el Primer Ministro de un país, cuando organiza sus viajes internacionales, aunque sea durante el semestre de su presidencia, lleva fundamentalmente la carga de la relación bilateral en representa-

ción de su país y no la multilateral en representación de la Unión Europea. Pero se está avanzando. En Yugoslavia se han cometido errores muy graves. A mi juicio habría que haber resistido muchísimo más la tentación de la disgregación desordenada de Yugoslavia, que fue lo que se produjo y lo que provocó que lo que temíamos fuera un estallido en toda la República yugoslava, se concentrara en un estallido terrible y mortífero en Bosnia, que reproducía exactamente el esquema de confrontación de la antigua Yugoslavia, con la salvedad de Eslovenia.

— **Por último, una pregunta personal. ¿Cómo se vive el «tempo» en política?**

— Es distinto. Hay acontecimientos que por su densidad son más bien toda una vida. Por eso cuando la gente me pregunta «¿por qué estás contento?» o «¿por qué sientes tanta satisfacción?», debo responder que siento una descomprensión tremenda. Ha sido apasionante presenciar y estar activo en el cambio del mundo que ha producido, por ejemplo, un personaje como Gorbachov. Pero también hemos vivido momentos de una extraordinaria intensidad. Cuando hablo con Bush (todavía ahora en alguna ocasión me invita a pasar unos días con él) no podemos dejar de recordar lo activos que estuvimos durante la crisis del Golfo, cuando me llamaba todos los sábados a las doce y media de la mañana. No sé si todos los periodos son tan intensos políticamente como el que yo he vivido, pero el *tempo* o la responsabilidad política cuando se tiene voluntad de hacer cosas, es muchísimo mayor que en la vida ordinaria. La acumulación de experiencias es brutal. Entre otras cosas, te hace ser mucho más relativista intelectualmente.

---